



Presentación del Ministro general en el encuentro con los nuevos Ministros provinciales y Custodios

Roma, 11 de mayo de 2026

EL CARISMA ILUMINA EL SERVICIO DE LA AUTORIDAD EN UN CAMBIO DE ÉPOCA

Queridos hermanos Ministros y Custodios,

“¡Que el Señor les dé paz!”

Sean bienvenidos a este encuentro en el cual vamos a reflexionar juntos sobre cómo el carisma ilumina el servicio de autoridad en una época de profundos cambios. No pretendo proponerles un recorrido didáctico, sino compartir con ustedes una reflexión que nace de la experiencia de estos años y del encuentro con muchos de ustedes en el mundo, para que puedan sentirse animados y apoyados en el ministerio que se les ha confiado.

El hilo conductor es sencillo: el carisma no es una idea que deba guardarse en una vitrina, sino una fuerza viva que orienta nuestro servicio, nos enseña a escuchar y nos hace capaces de promover una libertad libre y responsable en los hermanos. En el fondo, en el lenguaje de san Francisco, es *el Espíritu del Señor y su santa obra* la que vive en nosotros. Todo esto tiene lugar en medio de un cambio de época que no es un marco externo, sino un entorno vivo en el que nuestra vocación y misión crecen y se expresan hoy en la medida en que nos dejamos guiar por el Espíritu.

I. EL CARISMA: DON VIVO DEL ESPÍRITU

El primer núcleo de nuestra reflexión es el carisma. Releamos el n.º 4 de *Lumen gentium* y al papa Francisco cuando nos recordó con fuerza que «*el carisma es el don concedido “para el bien común” (1 Co 12:7), para que sea útil a todos. En otras palabras, no está destinado principal y ordinariamente a la santificación de la persona, sino al servicio de la comunidad*» (Audiencia, 20 de noviembre de 2024). Estas palabras nos ayudan a liberar el carisma de toda privatización y a redescubrir su naturaleza comunitaria y misionera.



Recuerdo además, tal y como nos indica *Iuvenescit Ecclesia* (junio de 2016), que no existe oposición entre carisma y autoridad. Existe más bien una *coesencialidad* entre los dones jerárquicos y los carismáticos: “*es posible reconocer una convergencia del reciente Magisterio eclesial sobre la co-esencialidad entre los dones jerárquicos y carismáticos.*” (n. 10).

En este contexto, el carisma franciscano no es un hallazgo arqueológico. Es una realidad viva que el Espíritu Santo suscitó en Francisco y que sigue actuando entre nosotros y en la Iglesia. Pero esta vida necesita ser reconocida, alimentada y dejada libre para expresarse en formas siempre nuevas. Como decía Fr. Giacomo Bini, es hora de pasar de la ortodoxia a la ortopraxis del carisma: no basta con conocerlo intelectualmente, es necesario vivirlo con opciones reconocibles y prácticas.

El carisma como paradigma vivo

Un carisma funciona como paradigma no a partir de una definición rígida, sino de su capacidad para orientar la vida concreta. Funciona cuando nos ayuda a leer la realidad a con ojos nuevos, cuando nos ofrece criterios para las decisiones cotidianas, cuando da forma a las relaciones entre nosotros y con el mundo. Si el carisma sigue siendo un discurso elegante pero no toca la vida de cada día, nuestras comunidades, nuestras decisiones, entonces tenemos un problema grave.

Al visitar las Entidades en el mundo —ya he estado en noventa de ellas—, me resulta cada vez más claro que la elección renovada de nuestra identidad de hermanos y menores, centrada en la relación con Dios y en la vida de comunión fraterna para la misión entre y con los pobres, es lo que el Espíritu nos pide con fuerza, por encima de tantos otros ministerios, proyectos y actividades que tanto nos absorben.

Carisma y conciencia personal

El redescubrimiento del carisma tras el Concilio Vaticano II trajo consigo un fruto precioso: la atención a la conciencia personal del religioso. En los textos normativos de la tradición anterior, la dimensión de la conciencia estaba prácticamente ausente. La atención a la persona y a la relación fraterna es uno de los grandes frutos del giro conciliar. Esto significa que el carisma no es un traje impuesto desde fuera, sino un don que interpela la libertad de cada uno y exige una respuesta personal y responsable.

Y es precisamente aquí donde se juega nuestro servicio de autoridad: no imponer desde arriba, sino acompañar a cada hermano a descubrir y vivir el carisma en su vida concreta, con sus propias dificultades y recursos.



II. EL SERVICIO DE LA AUTORIDAD: ESCUCHA PARA UNA LIBERTAD RESPONSABLE

El segundo núcleo es el servicio de autoridad. Hoy quisiera detenerme en un aspecto que me parece central: la autoridad como promoción de una libertad libre y responsable.

No administradores, sino animadores del carisma

Uno de los mayores riesgos de nuestro servicio es reducirnos a meros administradores. Ciertamente, hay una administración necesaria y obligatoria. Pero si la administración se convierte en el centro, perdemos de vista el corazón de nuestro ministerio. El superior, como se ha recordado, no es un simple gestor, sino un guardián del fuego: su tarea principal es mantener viva la pasión por el carisma originario, evitando que la comunidad se repliegue sobre la supervivencia o la nostalgia.

San Juan Crisóstomo, al comentar el mandato de Jesús a Pedro, nos recuerda el origen de la autoridad: *“¿Me amas más que a estos? Entrégate a ellos. No directamente a mí, sino a mí a través de los demás... Demuestra ese amor ferviente que siempre has mostrado y del que te gloriabas. La vida que querías dar por mí, dásela a mis ovejas”* (San Juan Crisóstomo, Homilía 88 sobre Jn). La guía de los demás pasa por su conocimiento, un conocimiento-amor. A aquellos de quienes somos responsables hay que acercarse personalmente, comprenderlos uno por uno, ayudarlos, cuidarlos y recuperarlos con alegría si se han alejado.

La escucha como primera responsabilidad

La escucha se convierte en la primera responsabilidad de quien ejerce la autoridad. No una escucha superficial, sino profunda, que sabe captar la voz del Espíritu que habla a través de los hermanos. Esto exige crear espacios reales de diálogo y confronto, en los que cada voz pueda expresarse libremente: los encuentros zonales y plenarios de la Entidad, el Definitorio abierto, la escucha también de los laicos y de las religiosas.

A veces creemos que transmitimos escucha y empatía, pero en realidad comunicamos distancia y formas de autoritarismo, o bien un alejamiento de nuestras responsabilidades de diversas maneras, tanto sutiles como más rígidas. Se nos pide una atención constante hacia nosotros mismos, porque el modelo de relación que llevamos dentro influye y condiciona nuestras relaciones más de lo que pensamos.

Me pregunto entonces junto con ustedes: *¿quién me escucha a mí, que estoy al servicio de la autoridad, y a quién estoy obedeciendo en este momento?* Solo si se nos escucha y se nos acompaña podremos abrir un espacio similar, humano y carismático, para los demás. No descuidemos el acompañamiento personal, nosotros los Ministros; les ruego que lo consideren prioritario.



La obediencia como libertad responsable

Llegamos aquí a un punto crucial. La obediencia en el contexto actual no puede ser sumisión pasiva, sino escucha activa —*ob-audire*— búsqueda común de la voluntad de Dios. Miembros y responsables están juntos sometidos a la Palabra y al carisma. La obediencia es el camino compartido para realizar el bien de la misión.

Pero digámoslo con sinceridad: si la obediencia libre vacila, la animación se convierte en manipulación y el discernimiento en una formalidad vacía. En una época que exalta la autonomía individual absoluta, reconstruir el sentido de la obediencia como elección libre es quizás el mayor desafío al que nos enfrentamos. Sin la disposición interior a la obediencia —entendida como búsqueda común de la verdad—, el discernimiento comunitario se transforma en negociación política entre intereses particulares.

El encuentro entre quien guía y quien obedece es el propio carisma. Ambos están sometidos a la misión. El paso necesario es pasar de la sumisión a la escucha, de la ejecución al diálogo. La autoridad debe dedicar tiempo a explicar las motivaciones espirituales y carismáticas que hay detrás de una elección. La libertad crece en la verdad compartida, no en el secreto de la decisión.

DINÁMICA DE ESCUCHA Y COMPARTIR: *¿Quién me escucha?*

En silencio personal (3 minutos), cada uno escribe en una hoja la respuesta a dos preguntas:

- *En este momento, ¿quién me escucha de verdad en mi servicio?*
- *¿A quién estoy obedeciendo —no formalmente, sino en la dirección real de mis decisiones?*

A continuación, intercambio por parejas (5 minutos), no para resolver, sino para escucharse mutuamente. No se comenta, se recibe. No hay retroalimentación en el pleno: el intercambio queda entre los dos. Esto protege la verdad de lo que surge y permite experimentar de manera concreta esa escucha de la que está hablando.

Tolerar las incertidumbres, acompañar los procesos

El servicio de la autoridad nos obliga a un trabajo incesante sobre nosotros mismos. Podemos aprender a no entrar en pánico, a esperar, a tener paciencia, a no querer controlarlo todo. Podemos aprender a reconocer que también somos inseguros, temerosos, porque no sabemos adónde nos lleva un camino.

Las relaciones con los hermanos siguen siendo asimétricas; hay que aprender a vivir entre la cercanía y la distancia, y esto cuesta esfuerzo. Como Ministros, no disfrutaremos de la



cercanía y el afecto de todos. La autoridad aísla un poco. A menudo cargamos con las expectativas y los sentimientos inmaduros de los hermanos, y a veces incluso de nosotros mismos. Tolerar el conflicto y aprender a gestionarlo de forma proactiva. Aprender a tolerar los largos plazos de los cambios, sin imponer a los demás nuestros calendarios. Dejar que madure desde dentro y de forma gradual, sabiendo reconocer los pasos que la realidad exige en este momento.

III. EL CAMBIO DE ÉPOCA: ENTORNO VIVO DE NUESTRA VOCACIÓN

El tercer núcleo es el cambio de época. Y con esto quiero decir que no se trata solo de un marco, de un escenario externo que nos rodea. El cambio de época es el entorno vivo en el que nuestra vocación y misión crecen y se expresan hoy. Formamos parte de él, nos atraviesa, nos transforma. No podemos situarnos al margen ni por encima de él.

Reconocer el cambio que ya ha tenido lugar

Con demasiada frecuencia hablamos del cambio como si aún estuviera en curso, como algo que está por llegar. En realidad, el cambio ya se ha producido en gran medida. El mundo en el que nos formamos, en el que nacieron nuestras estructuras, en gran parte ya no existe. No podemos soñar con las cifras y la capilaridad de la presencia de antaño. El pasado es pasado.

Esto no significa resignarse. Significa tener el valor de mirar la realidad tal como es, y precisamente ahí reconocer las semillas del Espíritu. Al igual que el profeta Elías, enviado lejos del lugar del poder, estamos llamados a descubrir que la vida nos es dada por criaturas sencillas y pobres: los cuervos y la viuda. El Señor nos educa no con discursos, sino con experiencias.

Noche y discernimiento

Me parece que el Espíritu nos habla en la noche de la historia que vivimos, dentro y fuera de nosotros. Es un tiempo frágil en el que la propia humanidad está en peligro. ¡Cuántos proyectos no nos han llevado adonde esperábamos! ¡Cuántas ideas no han funcionado! No es posible encontrar fórmulas que nos garanticen una solución definitiva.

Pero, ¿no podría ser que precisamente en esta noche el Espíritu nos muestre un camino? Como nos repetía Fr. Giacomo Bini: *“Estamos invitados a discernir con inteligencia los gérmenes de vida nueva, a menudo ocultos, que afloran en el contexto de nuestras culturas, para hacerlos crecer bajo el soplo del Espíritu”*. Estas palabras siguen siendo extraordinariamente actuales.



La novedad del anuncio y la sinceridad de la fe

Es urgente superar una mentalidad funcional y mundana. La novedad del anuncio no es proporcional a nuestro voluntarismo, sino que se nutre de la sinceridad de nuestra fe. Ni el camino sectario de los puristas ni la asimilación a la sabiduría del mundo están a la altura del desafío. Se nos pide más bien una conversión, tanto como individuos como instituciones, como Iglesia.

¿A qué vida podemos invitar a los jóvenes y a los adultos jóvenes de hoy? ¿A la repetición cansina de actos comunes y de individualismos que conviven? ¿O a un torbellino de activismo carente de una orientación clara? ¿A una vida fraterna que no se centre en la relación con Dios y en las relaciones auténticas entre nosotros? ¿Cómo podemos decir “¡Ven y ve!” si no vivimos en una conversión constante, con frescura, pasión y alegría por nuestra vocación y por la realidad?

Tres pasos concretos

El primer paso: detenernos. Tener el valor de dejar algo, de redimensionar no solo las casas y los servicios, sino también nuestras actividades y misiones, para disponer del espacio necesario para volver a nosotros mismos, para concedernos tiempo de escucha y de reflexión, para reparar esa casa que es nuestra vida y la fraternidad.

El segundo paso: escuchar. Una escucha atenta de nuestra realidad, tanto local como más amplia. La mayoría de las veces seguimos llevando adelante lo que ya existe, que suele ser excesivo. Con demasiada frecuencia nos falta una visión de futuro: ¿quiénes queremos ser de aquí a diez o veinte años?

El tercer paso: poner en marcha talleres. Lugares donde sea posible vivir verdaderamente según los rasgos de identidad franciscana y de misión que identificamos. En su mayoría queremos mantenerlo todo junto: la tradición, lo existente y los impulsos hacia el futuro. No es posible. Se necesita la audacia de experimentar fraternidades verdaderamente renovadas, en el espíritu del Documento *Ite et nuntiate*.

DINÁMICA DE ESCUCHA Y RESTITUCIÓN: *Un paso que el Espíritu me pide*

Aquí se pasa de la escucha a la restitución. En grupos lingüísticos de 4-5 personas (10 minutos), cada uno comparte brevemente:

- *De los tres pasos – detenerme, escuchar, poner en marcha talleres –, ¿cuál me parece más urgente para mi Entidad hoy? ¿Y cuál me da más miedo?*



CONCLUSIÓN: MINISTROS DE ESPERANZA, ARTESANOS DEL FUTURO

Queridos hermanos, se nos pide que asumamos el servicio de la autoridad en la vida de cada uno de nosotros y en este momento concreto de la historia. El carisma ilumina este servicio, le da dirección y calidez. El cambio de época no es un enemigo que temer, sino el terreno en el que el Espíritu siembra hoy.

Así como Francisco supo ver más allá de las ruinas de San Damián una Iglesia renovada, así también nosotros estamos llamados a ver en las fragilidades de nuestro tiempo los signos de un futuro nuevo que Dios está preparando. El servicio de la autoridad, vivido desde esta perspectiva, no se convierte en una carga, sino en una gracia: la gracia de acompañar a los hermanos en un camino de renovación, sostenidos por la certeza de que es el Señor mismo quien nos guía.

Recordemos las palabras de Pablo a los ancianos de Éfeso: *“Os encomiendo al Señor y a la palabra de su gracia”*. La verdadera autoridad remite más allá de sí misma, porque no hace de sí misma ni de su propio éxito el criterio decisivo.

Pido al Señor por todos nosotros que crezcamos en este camino: capaces de una escucha auténtica, promotores de una libertad responsable, arraigados en el carisma, abiertos al futuro que Dios nos prepara.

Para nuestro diálogo final, les pregunto: *A la luz de lo compartido, ¿qué les gustaría profundizar juntos en los próximos días?*



Fr. Massimo Fusarelli OFM

Ministro general

Fr. Massimo Fusarelli OFM

Prot. 115247/MG-067-2026